

Autor: Óscar Sandín

La villa

La villa

El viento entraba por la chimenea como todas las noches y hacía un ruido insoportable. La estancia estaba rodeada de viejas armaduras oxidadas y una enorme mesa de roble se encontraba en el centro del comedor. Las sillas de madera con respaldo de cuero recordaban a las viejas novelas sobre el Rey Arturo. Grandes espadas en forma de cruz colgaban de las paredes. El resplandor de la luna iluminaba los rincones adornados por largas cortinas rojas de terciopelo. Noche tras noche, como era costumbre desde hacía varias semanas, un grito desgarrador se colaba en las dependencias de los invitados. Parecía el grito de una mujer en apuros.

Sir Walter se había desplazado a la posada para intentar descubrir qué había detrás de esos gritos. La autoridad judicial lo había mandado para resolver el caso. Sir Walter había observado el sanatorio abandonado que estaba en las proximidades. Junto a la posada, se encontraba una anciana sentada en una mecedora con una manta que cubría sus piernas. Su piel estaba tan arrugada que parecía una momia. Sir Walter deseaba hablar con ella para que respondiera a sus preguntas y arrojara luz sobre los inquietantes alaridos.

Acomodado en su habitación, Sir Walter había escuchado los gritos de esa mujer que le impedían conciliar el sueño. ¿Cómo era posible que nadie preguntara qué estaba sucediendo? Había observado que la gente de la villa se mostraba indolente con esos gritos. Incluso se hablaba de la aparición de una joven vestida de blanco, con la melena al viento y descalza. Su rostro no había sido descubierto por nadie.

La anciana de la mecedora llevaba viviendo en la aldea toda su vida y ésta era ya larga. Había reconocido cierta inquietud hacia la joven que se paseaba por las inmediaciones del sanatorio. Y sostenía que era una joven asesinada por un labriego del pueblo. "Nunca encontró reposo y nunca lo hará", manifestaba la anciana con mucha seguridad. No era razonable pensar que un ánima sin descanso caminara errante por la aldea. Sir Walter había cambiado su trabajo de despacho por un exhaustivo e inquietante trabajo de campo.

La noche con la luna llena más resplandeciente Sir Walter la pasaría en el salón de la posada, junto a esas armaduras oxidadas y a esos cuadros que representaban rostros del pasado. Quería ver con sus propios ojos la imagen de la joven vestida de blanco. Cuando se disponía a subir las piernas en alto, un candelabro rodó por el frío suelo del gran salón. Se incorporó repentinamente y recordó las palabras de la anciana. Esperaba ver a la joven y un horrible grito le hizo saltar de miedo. Se esperaba lo peor. Del piso superior bajaba alguien. Unos pies descalzos se deslizaban por los peldaños de piedra. Sir Walter se encontraba allí, de pies y paralizado. La luna producía una luz tan intensa que parecía de día. De repente, un frío helador se apoderó de toda la estancia. Ligeras gotas de vapor salían de la boca de Sir Walter. Estremecido por la situación, vio a una joven que asomaba su rostro por la escalinata. Sus ojos se clavaron en él. Eran unos ojos viejos y desgastados. Incomprensiblemente, poseían un extraño parecido a los ojos de la anciana... Su esbelta figura chocaba violentamente con unos ojos marchitos, cansados, desgastados y siniestros. Se aproximaba lentamente hacia Sir Walter, cuyo semblante había cambiado de color. A pesar de los esfuerzos de éste, no conseguía escudriñar la cara de la joven. Una misteriosa sombra mantenía esos ojos en penumbra. Cuanto más cerca se encontraba ella, más frío se podía sentir en la estancia. "¿Quién eres, cómo te llamas, por qué estás caminando sola por esta vieja posada?", Sir Walter preguntaba casi tartamudeando.

De repente, cuando la distancia que los separaba no era superior a un metro, se pudo vislumbrar el rostro de aquella lúgubre aparición... ¡Era la anciana! Por todos los diablos, ¿cómo era posible aquella pesadilla? "Vengo a por ti", repetía el espectro una y otra vez, "vengo a por ti...". Sir Walter reparó en que los hombros de la figura estaban cubiertos por una manta exactamente igual a la que la vieja tenía encima de sus piernas la noche en la que hablaron. El desconcierto era máximo. Una mano vieja, con los dedos tan finos como palillos y unas largas uñas como las de un gato, agarró del brazo a Sir Walter. Dicen que desapareció al instante, dicen que lo buscaron durante meses, dicen que lo dieron por muerto... y dicen también que en la posada no volvió a escucharse ningún grito de mujer desesperada. Sin embargo, esos gritos fueron sustituidos por los de un hombre angustiado, atrapado por su propio destino.

Mientras tanto, la anciana cuya manta cubre sus piernas, aguarda en la esquina del sanatorio esperando a que otro incauto forastero se anime a investigar las desapariciones de la villa.

Actividades

La villa

1. ¿Qué nombre le pondrías a la anciana del microrrelato?
2. Describe el salón con esas cortinas rojas...
3. Imagina otro final para ese relato... ¿podrías salvar al detective?
4. La anciana trabajó en su juventud como: (Continúa la historia)
 - Directora de un sanatorio.
 - Enfermera de un prestigioso hospital.
 - Profesora en el colegio del pueblo.